

Cuadernos de Historia Contemporánea

ISSN: 0214-400X

<http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.60356>EDICIONES
COMPLUTENSE

Rújula, Pedro y Ramón Solans, Javier (eds.): *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*. Granada, Comares, 2017. 359 pp.

Que la luz de la revolución acabó triunfando sobre las oscuras sombras de reacción parece casi una certeza providencial arraigada en la historiografía. Aquellos movimientos comenzados en Francia en 1789, irradiados paulatinamente sobre todo el continente europeo y americano, producirían una especie de resurrección inexorable cuya gloria se alcanzaría con el progreso. Podrían ser discutidos los tiempos y los ritmos, incluso los espacios, pero la victoria final de la revolución sobre su reacción era cosa axiomática. No en balde, se identificaban como modernos los valores vinculados con ella frente a los vestigios moribundos que suponía la contrarrevolución. Un paradigma interpretativo, este de la modernidad de la revolución, que entroncaría con la teología liberal formulada en el propio siglo XIX y que entendía el presente como un avance lineal e inevitable hacia un futuro de progreso continuo. Esta modernización iría de la mano de otros procesos tales como la secularización social o la democratización política; dejando, en oposición, unas fuerzas reaccionarias no sólo renuentes a cualquier cambio, sino levantadas en armas para deshacer tales innovaciones, para recomponer el mundo previo al huracán de la revolución. Desde esta visión de la Historia, por otra parte, en exceso diacrónica y determinista, la contrarrevolución emergía como una causa perdida, un proyecto sin futuro cuyo estudio se basaba en explicar su anormalidad.

Atacar, o al menos cuestionar, todas estas interpretaciones constituyen el principal objetivo de este libro, complejizando fenómenos en exceso tenidos por lineales. Y vista la solidez argumentativa que destilan sus páginas parece que logra su cometido. Pocos serán los lectores a quienes el estudio de sus capítulos no lleve a preguntarse acerca de sus prejuicios historiográficos, a complejizar y matizar las interpretaciones asumidas y desenfocar el centro de todas ellas. Y es que, frente a la diacronía que presenta el paradigma liberal de modernización, los autores de este monográfico pugnan por dotar de historicidad, de sincronía, a los procesos históricos. Con ello no sólo se devuelve la voz a las gentes del pasado, sino que permite adentrarse desde la complejidad en sus cosmovisiones, mucho más plásticas e incoherentes de las perfiladas como estereotípicas. No cabe olvidar, en este punto, que las ideologías no responden a tipos ideales, perfectamente coherentes y definidos. Existieron muchas grietas, muchos puntos de fuga, en un proceso —que no deja de ser continuo— de construcción y resignificación ideológica. Este libro permite, así, recolocar tanto a la revolución como a la contrarrevolución en su tiempo histórico, con las mismas posibilidades y legitimidades para plantear proyectos de futuro.

Si algo queda meridianamente claro es el hecho determinante que supuso para el mundo el fenómeno revolucionario, no permitiendo en ningún caso una vuelta al

pasado. Los materiales argumentativos, los elementos constructivos, podían ser los mismos, pero el resultado sería otro muy diferente. Por ello, y frente a lo establecido historiográficamente, el libro consigue revalorizar el potencial de innovación de un movimiento como el reaccionario, tenido por estático e involutivo. Pero, igualmente, subraya la enorme capacidad de respuesta que dieron desde la contrarrevolución al fenómeno revolucionario, ofreciendo proyectos alternativos de futuro y cuestionando aquel triunfo final de la revolución desde nuestra perspectiva histórica, pero no la de los propios actores. Con todo ello, consiguen situar a los individuos en sus contextos específicos, volviendo comprensible algo tenido como contradictorio desde nuestro presente. Se dota, así, de inteligibilidad a las acciones de las personas, a los movimientos políticos y sociales.

Para realizar esta tarea de cuestionamiento paradigmático, el nada desdeñable número de veintiún especialistas –provenientes de catorce universidades– articulan sus trabajos en torno a cuatro ejes vertebradores, correspondientes con uno de los elementos esenciales del paradigma de la modernidad. En primer lugar, se estudian las respuestas que proporcionaría la monarquía, una institución presente en el Antiguo Régimen, para sobrevivir al desafío de la revolución y mantener su posición preeminente y rectora de los Estados. Para ello se abordan no sólo sus actuaciones en momentos de crisis políticas –como las estudiadas para el caso español por Pedro Rújula y para el italiano por Silvia Sonetti–, sino también en aspectos de gestión económica –como demuestra Jean-Philippe Luis–. A ello se suman las relaciones internacionales con el debate de las independencias iberoamericanas y el enfrentamiento entre las potencias europeas para definir modelos políticos – estudiadas por Ivana Frasquet, si bien focalizando en el caso mexicano–.

Al estudio de la monarquía le sigue uno de los grandes fenómenos, tenidos por «modernos», como era la movilización popular. Y es que, mientras que se ha entendido que la revolución podía movilizar gente por su mera capacidad de atracción, por su seducción ideológica, en el campo de la reacción se ha interpretado desde la instrumentalización de las élites, la irracionalidad y la violencia. Un hecho paradigmático, habida cuenta que los agentes movilizados y los elementos discursivos de captación empleados por la contrarrevolución eran mucho más cercanos y reconocibles a los sujetos históricos que aquellos abstractos y nuevos valores revolucionarios. Se proporcionan, a este respecto, numerosos ejemplos que cuestionan este paradigma interpretativo. Desde la movilización popular en el Madrid de la segunda restauración fernandina –como estudia Álvaro París–, la realizada para defender al Papado en 1850 –analizada por Gregorio Alonso– o a la guerra del *brigantaggio* posterior a la unificación italiana – explorada por Carmine Pinto–, hasta casos más particulares que nos aproximan a las cosmovisiones de personas concretas, como el herrador vasco explorado por Andoni Artola, Javier Esteban de Eribe y Koldo Ulibarri. A ello se suma una interesante perspectiva transnacional, formulada por Alexandre Dupont, al defender la creación de una internacional blanca, de unas redes de apoyo reaccionario europeas, que a partir de los años 60 utilizaría el concepto de pueblo para legitimar su proyecto político en la sociedad de masas.

Un campo analítico especialmente rico lo constituiría el mundo de las ideas; no en balde sería allí donde el combate con la revolución sería especialmente intenso. Un mundo que, pese a utilizar argumentos teóricos y de autoridad manidos a la altura del siglo XIX, serían formulados con un sentido y unas intenciones muy diferentes. De tal forma que los autores van diseccionando un gran número de aparatos propagandísticos, mostrándonos la modernidad en los formatos utilizados por la contrarrevolución para combatir las ideas revolucionarias. De esta forma se va analizando desde un órgano clásico de comunicación ideológica como era la prensa –en un marco cronológico amplio que va desde el Cádiz de las Cortes estudiado por Fernando Durán hasta la época del Trienio Liberal, analizada por Gonzalo Butrón– hasta los libros de Historia para el caso francés –aproximación hecha por Carolina Armenteros–, algún diccionario contrarrevolucionario –como el de Thjulen estudiado por Gonzalo Capellán–, las obras de teatro –exploradas por Marie Salgues para la primera restauración de Fernando VII en 1814– o panfletos muy populares de la época –como estudia Antonio de Francesco para la III República francesa–.

Finalmente, no podía faltar un capítulo especial para la religión por cuanto la teoría de la modernización concede un lugar central al proceso de secularización de la sociedad. La religión, siguiendo el paradigma, tendería indefectiblemente a desaparecer, a relegarse en un papel secundario en el Estado, negándole igualmente cualquier capacidad de innovación y adaptación a los nuevos tiempos. Los estudios de Daniele Menozzi y de Roberto Di Stefano ofrecen, a este respecto, una perspectiva general sobre las relaciones entre catolicismo, modernidad y la luchas entre las fuerzas políticas, para Europa e Iberoamérica respectivamente. El trabajo de Antonio Calvo complejiza el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen, reelaborando las relaciones existentes entre Ilustración y reacción. Por su parte, Raúl Mínguez ofrece una interpretación muy sugerente sobre la participación de la mujer en la política a través de la movilización católica, creándose unos espacios en lo público sobre la feminización de los discursos religiosos.

En definitiva, un libro pensado para polemizar, para cuestionar ciertos paradigmas historiográficos e interpretativos anclados en la teoría de la modernización liberal. Un compendio de muchos artículos que consigue deconstruir prejuicios arraigados no sólo acerca de la propia contrarrevolución, sino también de los planteamientos liberales, de su fragilidad en el proceso histórico y del vigor que tuvieron sus resistencias. Un monográfico que demuestra, en suma, la enorme riqueza analítica y el gran potencial investigador de un siglo, como es el XIX, tan falto ahora de intrépidos aventureros que descifren un proceso, este de la transición del Antiguo Régimen, especialmente rico y complejo.

David San Narciso Martín
Universidad Complutense de Madrid
davsanna@ucm.es